



La diferencia que existe entre una idea y una vivencia nos la alcanza García Morente con un ejemplo que es de Bergson y dice que una persona puede estudiar minuciosamente el plano de París, puede tener una idea de sus calles, monumentos, plazas y edificios; puede procurarse una serie interminable de fotografías de París. Esa idea clara, puede irse perfeccionando y enriqueciendo de ideas más minuciosas. Eso no pasará sin embargo de ser una mera idea.

En cambio veinte minutos de paseo a pie por una calle de París son una vivencia. Una es una representación, un concepto, una elaboración intelectual, mientras que la otra es ponerse realmente uno en presencia del objeto: vivirlo, tenerlo propiamente en la vida, porque vivencia significa lo que tenemos en nuestro ser psíquico, lo que real y verdaderamente estamos sintiendo. Sin vivencias no es posible el arte: El grande, mediano o pequeño. Y una vivencia tiene importancia cuando está inscripta en una gran metáfora, en un gran esquema, dentro de una filosofía de vida. Es un punto significativo. Es un pequeño ojo de mosca... Cuando "lo objetivo se junta por decirlo así, de un modo inmediato con lo subjetivo, el mundo con el alma", —dice Augusto Messer.

Vivencia de Pepe y Braulio

Fue en enero de 1960. Yo había llegado de Venezuela y traía la intención de hacer canciones, porque a nosotros, como país, nos faltaba una identidad en ese aspecto, que se me había revelado sintiendo cantar a los compañeros de estudios de 21 países latinoamericanos durante ese año de convivencia.

Con mi padre sentados bajo el parral, tomando mate, sentí el estribillo de La Uñera en la radio local:

En la noche olimareña
—silencio y campo—
como una voz pa'l camino
se levantará mi canto.
—Y esos quiénes son? —le dije.
—Son LOS OLIMAREÑOS.
—Y quiénes son LOS OLIMAREÑOS?

—No se, pero escuchá cómo cantan.
Esa fue la primera noticia que tuve de ellos.

Pasó un tiempo sin conocerlos personalmente y mientras tanto invité a los compañeros maestros de la Escuela No. 73 a realizar una aventura necesaria: Elaborar un cancionero de nuestra escuela y de ahí salieron A DON JOSE, Esto del Sauce y otras circunstanciales.

En 1961 se realizaron en nuestra escuela, bajo los auspicios de la Inspección Departamental de Escuelas, unas jornadas culturales múltiples, con un movimiento masivo de vecinos y en las cuales se llevaron a cabo exposiciones de buenas lecturas, conferencias, jornadas de canto, etc. de los cuales quiero destacar tres hechos: el entusiasmo de maestros y vecinos, la conferencia que fue a dictar expresamente desde aquí de Montevideo, sobre sus lecturas de niño, el escritor Sr. Serafín García y la presentación de dos muchachitos casi adolescentes: LOS OLIMAREÑOS.

En un pequeño salón de cinc, alejados del ruido, mientras ajustaban sus instrumentos para actuar, en tanto el público esperaba expectante el momento de su aparición, Braulio le dijo a Pepe: —Pepe, él es el autor de LA UÑERA.

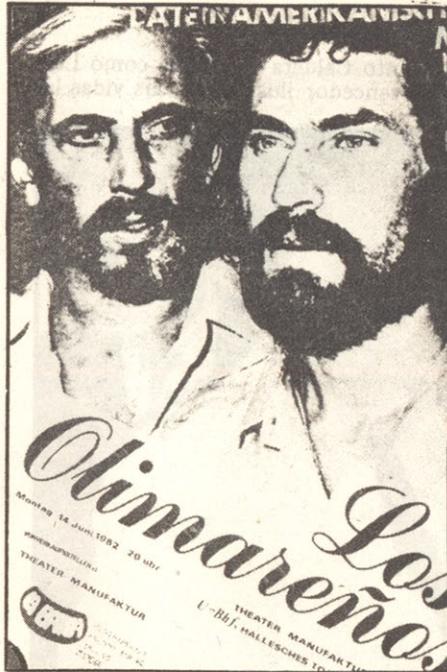
—Ah, qué bien! No tiene otras canciones?

Los invité entonces a casa y desde ese momento se transformaron rápidamente en seres como de nuestra familia.

Dos o tres veces semanalmente al anochecer llegaban unidos o por separado, a cantar, a conversar, y allí empezó nuestro trabajo en común.

Dos experiencias distintas, de edades distintas, de actividades distintas llegábamos a la confluencia de un camino, o mejor dicho, de un punto, desde el cual no había camino hecho, sino un rumbo.

No había casi canciones y había



Pero en aquel momento yo debía hacer canciones y ellos darles prestigio. Y eso había que hacerlo.

Pocos saben que tanto Braulio como Pepe son capaces de imitar cantando infinidad de voces, lo que significa conocer a fondo los secretos de su aparato de fonación para usarlo a voluntad. Sin embargo mantuvieron desde un principio la identidad de sus voces, aunque si se escucha atentamente sus grabaciones se advierte la multiplicidad de esas voces.

Los dos son capaces de "recitar" con solvencia y adecuación las partes habladas de una canción y los dos también son capaces de intervenir con dichos intercalados, expresados con la inflexión de voz justa, en el momento exacto o con el silbido preciso.

La voz garruda, vibrante y metálica de Braulio, que puede cambiar según el sentido de la canción, llevando casi siempre la melodía y la voz profunda e imaginativa de Pepe, forman una argamasa agrídulce inimitable. Y el secreto, dónde está?

En los interminables ensayos, cansadores para los demás, no para ellos? En la capacidad para complementarse en las guitarras? Como en el juego de la mosqueta, nunca donde parece estar. Siempre está en otro lado y en ese otro lado tampoco está.

En 1962 vinieron a Montevideo con una carga de proyectos, los bolsillos vacíos, algunas direcciones y cartas. Los amigos que encontraron son los amigos de siempre, porque repito, son buenas personas y conservan las amistades cosechadas.

Pasaron mucho trabajo, como en la realidad sucede siempre.

No es éste un cuento de hadas, ni

de un proto-guitarrero y de un proto-cantor, es decir de un sujeto nuevo: un creador de canciones.

En diciembre de 1965 para un cuestionario de la recordada revista MUNDO URUGUAYO decía de ellos: "Ellos tenían la necesidad de expresarse y expresarnos y como en la vieja concepción socrática lo tenían todo adentro... Los Olimareños que son antiguos y nuevos a la vez, fueron creciendo ante la incredulidad de las gentes..."

Braulio, de una familia de muchos hermanos, tuvo que trabajar duramente desde pequeño; sufría además molestias estomacales con mucha frecuencia. Para él compartir una tertulia tomando una copa era lo excepcional. Soy hombre vil de estómago —decía riendo. Era, debe seguir siendo, nervioso, inquieto, pensativo, ordenado y firme en sus convicciones.

Pepe siempre dispuesto a demorarse en la reunión.

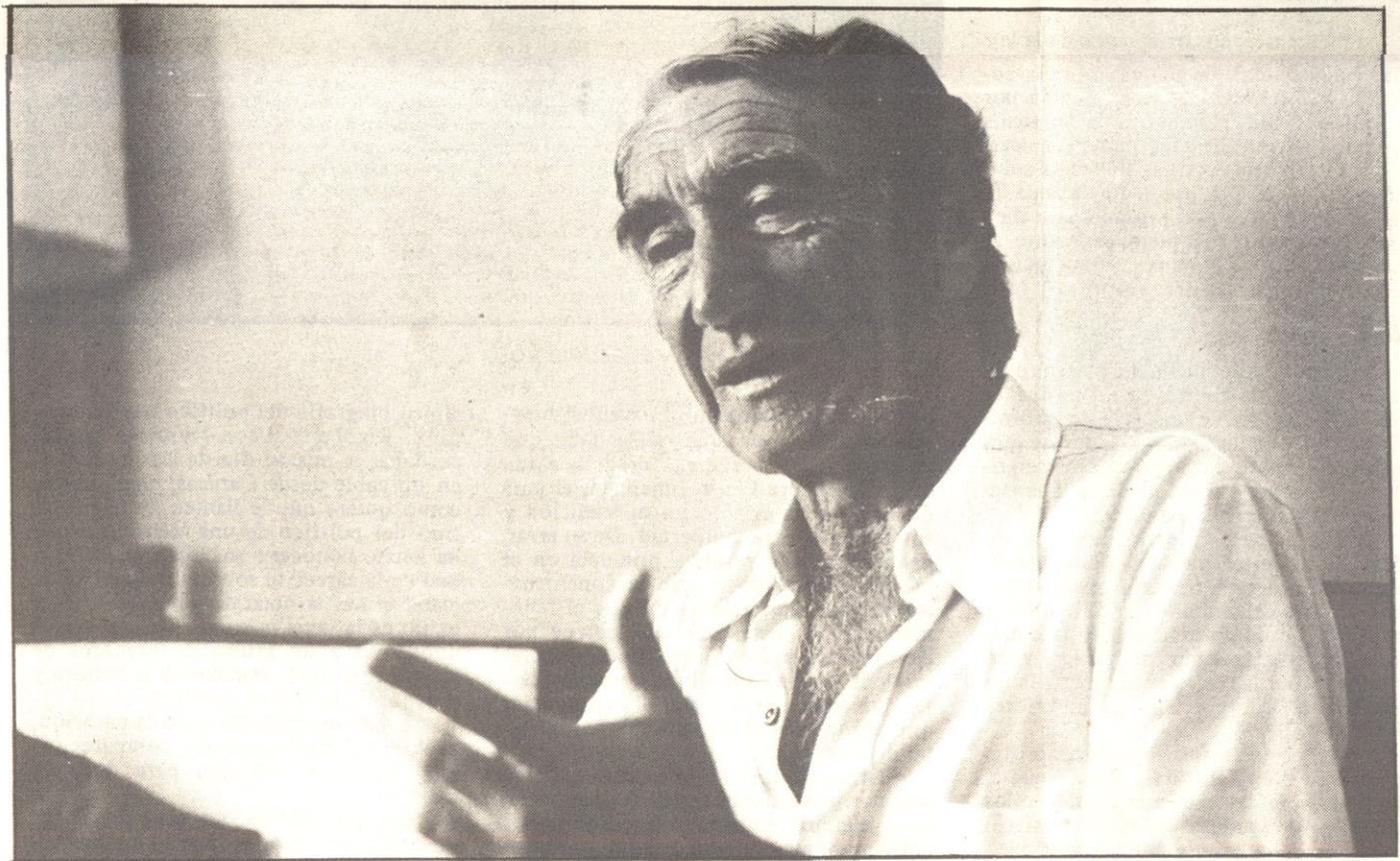
Abierto para compartir la charla, el silencio o la copa. Olvidadizo y sorprendente.

Y hablemos del carisma, del duende o del ángel.

Los poetas hablan de éstos. Los científicos hablan de aquél.

En ese "aquél" —el "aquél" del que hablaba un viejo sabio— para enunciar el no se qué, la sal, el poder de lograr adhesión sin elucubración razonada, más allá de las razones que se alcanzan. Eso lo poseen en alto grado: Pepe y Braulio.

Pepe lo tiene cantando y lo ejerce con amigos y con extraños. Braulio lo tiene en su palabra. No importa la construcción verbal de su discurso. Todos es-



que hacerlas; no había por lo tanto un público, para eso que no había sido hecho y había que crearlo. Los cantores estaban con sus gargantas jóvenes, vehículos de expresión de dos excelentes personas en formación. La cuestión era poner en movimiento los sueños. Cada uno, desde su ángulo fue aprendiendo de los demás y agregando lo suyo.

Como su repertorio estaba formado hasta ese momento casi exclusivamente por canciones de ritmos argentinos: (zambas, chacareras, carnavalitos, etc.) Braulio tocaba el bombo legüero y Pepe dotado de una particular habilidad natural para la guitarra recibía clases del Prof. Sr. Oscar Prieto, y formaban entre los dos una amalgama original por su forma de cantar. Braulio empezó a aprender la guitarra, con su característica dedicación. Puede decirse sin exageración que fue aprendiendo sobre el escenario, lo que puede dar una idea de los obstáculos con los cuales tuvo que luchar. Luego estudió con el Prof. Oribe Dorrego, nombre respetadísimo entre los que saben de guitarra en este país, hasta poder leer y escribir música con facilidad.

las cosas son cosas de varita mágica.

Cada poco tiempo volvían a Treinta y Tres y recogían nuevas canciones e intercambiábamos pareceres. Cada vez tenían menos tiempo de volver, pero yo venía en vacaciones y nos encontrábamos en Montevideo y en Lagomar. Su nombre resonaba por todos lados. Recorrieron durante la década del 60 cuanta ciudad, pueblo, aldea, caserío, rincón de este país. Cantaron para todo público y fueron oyendo en cada lugar la voz de la tierra y el sueño de la gente.

La guitarra de Pepe llena de ciencia infusa, acompañada por la de Braulio fueron haciendo sencillo y rico el camino y las voces cálidas y seguras alcanzaron horizontes insospechados.

Son capaces de revelarnos los más complicados ritmos con sencillez misteriosa. Sencillez no es pobreza, falta de ideas, obvedad, fórmula o consigna. Es resolver con pocos elementos los más difíciles problemas. Y nadie sabe como yo las dificultades que debieron resolver para cantar mis canciones que no eran las de un guitarrista o de un cantor, sino las

tán pendientes de ellas, sintiendo que a través de ellas y más allá de ellas está expresando vivencias válidas, que si no se llegan a comprender se presiente: "—Hemos llegado hasta aquí, recorriendo los caminos de la patria, abrazados a la guitarra y a los sueños"— dice y su frase contiene, más allá de la flacura de su vestidura, traspassando la configuración verbal de la aseveración, una vivencia que propone un destino muy claro. Uno siente dos cosas a la vez: Que vamos a entrar a un mundo transfigurado y que no debe decir más nada.

Pero el aire ya está cargado de significación.

LOS OLIMAREÑOS resumen el sentido de aquella parábola de Rodó, que se llamaba Los seis peregrinos, porque ellos también al principio fueron un grupo que fueron abandonando su aventura. Y llegaron al final dos, vencedores del largo trayecto de silencio: LOS OLIMAREÑOS.

Rubén Lena

